## LOS DÍAS DEL EGIPCIO TAHA HUSEIN

Después de un período de más de siete siglos de brillante cultura expresada en lengua árabe, el mundo musulmán enmudeció y se replegó sobre sí mismo por espacio de cuatro siglos. Durante esas centurias Turquía dominó el mundo árabe. El Sultán de Turquía había enviado al musulmán Mohammed 'Ali, albanés de origen pero de formación turca, a Egipto, para que pusiese fin a la invasión de Napoleón Bonaparte, y en 1805 Mohammed 'Ali se convirtió en el jefe militar absoluto de Egipto. Intentó entonces formar un imperio árabe, del que él y sus descendientes serían califas, pero sin interesarle a fondo el despertar árabe, ya que no era árabe, ni hablaba el árabe, ni sentía mucha simpatía por los árabes. Su hijo Ibrahim, elemento importante en el triunfo de las campañas de su padre, y que se había educado de muchacho en Egipto, hablaba mucho más sinceramente del despertar del mundo árabe y de la riqueza de la lengua materna de ese mundo.

Las primeras manifestaciones auténticas del renacimiento árabe y del despertar de la conciencia árabe se dan en Líbano-Siria. La vuelta a la pureza de la lengua, perdida durante la época de la decadencia del mundo árabe, la creación de ideas morales, la lucha contra el sectarismo, formaron la base, en sus inicios, del renacimiento árabe en Líbano-Siria. Estas características fueron consecuencia de la situación por la cual atravesó la región, que se encontraba dividida política y religiosamente y que llevó a la guerra civil en el año 1860.

Egipto luchó en el siglo XIX contra la política de los sucesores de Mohammed 'Ali. La familia real que había formado Mohammed 'Ali con sus sucesores, sintiéndose, como él, extranjeros en Egipto, no podía concebir la idea de un nacionalismo egipcio, como tampoco lo imaginó el grupo dirigente que cooperaba con la dinastía balcánica, por ser extranjeros que tenían su origen en los diversos pueblos que componían el Imperio Otomano. Tenía que ser un egipcio auténtico, Ahmed Arabi, hijo de un campesino del delta del Nilo, el que primero comprendiese que lo que había que hacer era constituir la nación egipcia, y que para lograrlo tenía que suprimir la oligarquía turca. Arabi formó parte, ya de joven, del ejército, y tuvo la suerte de llegar a ser coronel, cosa hasta entonces difícil para un hijo de campesino. Inició junto con un grupo de políticos conscientes una campaña

contra la política del Jadif Tawfiq Bajá, gobernador a quien protegían los ingleses, y le impuso la formación de un gobierno nacional presidido por Mahmud Sami al Barudi, quien a su vez nombró a Arabi ministro de guerra. Se adoptó, además, una constitución liberal, y se creó una asamblea nacional, que supo interesarse en los problemas del pueblo. Esta campaña contra la oligarquía turca culminó con una insurrección contra ella, en el año 1882. El Jadif Tawfiq pidió auxilio a los ingleses, y éstos enviaron grupos expedicionarios a Egipto, que derrotaron a Ahmad Arabi. Una vez ganada la batalla, los ingleses permanecieron en Egipto, que pasó a ser país ocupado. Egipto, que incluso durante la ocupación inglesa continuaba formando parte del Imperio Otomano, no tuvo fe en las actividades antiturcas y proindependencia que los sirios llevaron a cabo durante el período de la primera Guerra Mundial, porque, dado el hecho de la ocupación, cosa que no habían padecido los sirios, sentían que liberarse del Imperio Otomano significaría caer completamente en manos de Inglaterra. Este doble dominio inglés y turco explica muy bien por qué el fondo de la literatura egipcia de fines del siglo xix y principios del xx, fue político y nacionalista. Pero con el siglo xx, y en la medida en que los egipcios iban conquistando los derechos en su propio país, la actitud de los escritores y pensadores fue siendo cada vez menos política, hasta llegar a ocuparse en temas de la cultura en general o en otros particulares de la egipcia que se referían a la vida pública y privada de los habitantes de Egipto.

Taha Husein (n. 1889) es uno de los primeros escritores egipcios que trató temas apolíticos. Llevó a cabo sus estudios en la famosa Universidad del Azhar, y los completó luego en Francia, en donde se graduó con una tesis sobre la filosofía social de Ibn Jaldún. Al regresar a Egipto, se dedicó al estudio de la literatura árabe clásica y describió, en toda una serie de trabajos, los métodos que deben utilizarse en el presente para hacer buena crítica literaria. En 1926 publicó un estudio sobre la poesía pre-islámica, en el cual dudaba de su autenticidad, en el sentido de que la atribuía a fechas posteriores, lo cual provocó toda una serie de protestas. Al año siguiente atenuó, en otro estudio, la tesis. Como ministro de educación pública luchó tenazmente contra el analfabetismo.

El libro de Taha Husein más leído en el mundo árabe es, quizá, su propia autobiografía Los días, una de las mejores obras de la literatura árabe contemporánea. Se compone de dos volúmenes, escritos en árabe clásico. La sensibilidad de Taha Husein

frente al mundo que lo rodea, frente a las reacciones y los sentimientos humanos, es delicada, a veces amarga, y se refleja a cada paso, en la temática, como expresiva de la del ciego que ha perdido la vista desde una edad muy temprana. El estilo de Taha Husein es lento, reiterado y emotivo en general, pero en Los días resulta más emotivo que en ninguna otra parte de sus obras, por tratarse, en buena parte, de la descripción de los sentimientos y la percepción del mundo de un niño que pierde la vista, en el momento mismo en el que comienza a ser capaz de entender lo que le rodea. En Los días encontramos también una crítica de los métodos escolares y universitarios del Egipto de la niñez y la adolescencia de Taha Husein, así como una crítica de algunas costumbres regionales. Hay en él, además, una caracterología de tipos musulmanes.

Lo primero que llama la atención en Los días es que el autor habla en tercera persona de sí mismo, ya desde el comienzo del libro y a lo largo de los dos volúmenes que constituyen su propia autobiografía, sin duda por aquello de que el "yo" es odioso, injusto en sí por hacerse centro de todo e incómodo para los demás. Los días se inician con la siguiente frase: "No recuerda el nombre de ese día ni puede dar con el mes y el año

en que Dios lo colocó en el tiempo."1

Taha Husein nos dice, hablando de sus propios recuerdos infantiles: "La memoria de los niños es extraordinaria, o mejor aún, es la memoria del hombre la que resulta extraordinaria al intentar revivir los acontecimientos de la niñez: vienen algunos claros y precisos, como si se hubiesen dado ayer, y se borran los otros, como si no nos hubieran sido familiares." Pero, agregamos nosotros por nuestra cuenta, lo que interesa es ver el tipo de recuerdos que vienen a Taha Husein al escribir su biografía. Desde luego, lo que puede recordar de sus primeros años es lo propio del que ha perdido la vista justamente en el momento en que puede comenzar a recordar, a saber, toda clase de fenómenos menos los visuales, por lo que en él predominarán los auditivos. Hablará de fenómenos visuales sólo al comenzar a ir a la escuela. aunque éstos hayan sido percibidos por otros sentidos distintos al de la vista y con la ayuda de la reflexión, como ocurrirá, por ejemplo, en la descripción del aspecto físico del primer maestro que tuvo Taha Husein, el maestro de la escuela coránica, que

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> No se proporciona el número de página correspondiente a los pasajes de Los días aquí citados por tratarse de la traducción inédita al español hecha por la autora de este artículo. Van siempre entre comillas los parágrafos que son traducción fiel del original.

enseña a leer y a escribir utilizando el Corán como libro de lectura. Sensaciones auditivas, táctiles y gustativas —sobre todo las dos primeras— son las que aparecen continuamente durante la niñez anterior a la asistencia a la escuela.

El primer momento del tiempo de su vida que recuerda "él, que no distingue entre la luz y las tinieblas", es una sensación táctil: un momento del alba o del crepúsculo de un día en que "su cara recibió una brisa entremezciada de ligera frescura todavía no transformada por el calor del sol".

La interrupción de las primeras sensaciones auditivas agradables que recuerda, constituyen para Taha Husein sus primeras sensaciones dolorosas. Por las tardes -nos explica- no se dirigía de ninguna manera a su sitio predilecto, cerca de las cañas, que estaban colocadas a poca distancia de un canal, sin hacerle frente a una opinión dolorosa, que surgía al venirle a la mente la idea de que el canto del poeta se interrumpiría al indicarle su hermana que ya había llegado el momento de entrar a la casa. Él rehusaba y se resistía a entrar, pero ella lo tomaba en sus brazos y, ya en la casa, le ponía la cabeza en el regazo de su madre, quien, inclinándose sobre sus ojos ensombrecidos, se los abría -uno primero, otro después- y dejaba caer en ellos un líquido que le producía siempre dolor, nunca bienestar. Se trataba, sin duda, aunque no lo diga el autor de Los días, de uno de esos remedios caseros y poco eficaces tan utilizados en el Egipto de los tiempos de la niñez de Taha Husein, país en el que el viento de los desiertos resulta contraproducente para la vista. Lo acostaban, sigue diciendo Taha Husein, y él, nuestro amigo, como se llama a sí mismo, agudizaba sus oídos como queriendo que atravesaran las paredes para reunirse con las canciones dulces que repetía el poeta-cantor Hazan, al aire libre, bajo el firmamento. Recuerda que pasaba horas enteras de la tarde a la orilla del canal, satisfecho y contento de escuchar las canciones de Hazan. No nos dice recordar la visión del agua, sino que escuchaba una máquina que extraía el agua para el riego de los plantíos que se encontraban a la otra orilla del canal. Recuerda haber atravesado el canal, sobre los hombros de uno de sus hermanos, para comer en una huerta cercana frutos deliciosos y arrancar ramas de hierbabuena y de mirto. Pero le es imposible recordar, precisamente porque no lo vio, aunque él no emita este último juicio, cómo se fue modificando tal sitio. Le parece que todo fue como si se hubiese dormido una noche v. al volver de su sueño, hubiesen desaparecido la cerca, el canal, la huerta v los vecinos.

Las mujeres de los pueblos de Egipto aparecen juzgadas en forma auditiva. El silencio, nos dice, para las mujeres de Egipto "es algo desagradable, por el que no sienten ninguna inclinación. Si alguna se queda a solas con su alma, y no hay quien le converse, se narra a sí misma historias, canta si está contenta v se lamenta si está triste. Todas las mujeres, en Egipto, se entristecen cuando quieren. Lo que más les gusta a las mujeres de los pueblos, en cuanto se quedan solas, es recordar sus penas y sus muertos. Repiten sus recuerdos cantando, y bastantes terminan esta repetición en verdadero llanto". Nuestro amigo tuvo la buena fortuna de escuchar los cantos de sus hermanas y las lamentaciones cantadas de su madre. El canto de sus hermanas le fastidiaba, y no dejó en su alma ninguna huella. Eran canciones frívolas, sin sentido. El de su madre lo llegó a conmover, a veces profundamente, y en muchas ocasiones le hizo llorar. De esta manera nuestro amigo memorizó muchos cantos de lamento y canciones de letra seria y de letra divertida. Y memorizó algo, que no tiene relación con los cantos anteriores. Eran los wirds o rezos privados del crevente musulmán, diferentes de las oraciones que se deben rezar cinco veces al día y a horas prescritas por la religión musulmana. Estos wirds los recitaba su viejo abuelo, del cual dice que rezaba siempre en voz alta, a su debido tiempo, las cinco oraciones señaladas y que su lengua no cesaba de invocar el nombre de Dios. Taha Husein dormía, según nos cuenta, en una pieza cercana a la de su abuelo. Le oyó recitar o leer tanto, que memorizó muchos de esos wirds y otras oraciones diferentes. Como se ha visto, en la descripción de su abuelo predominan también las referencias a los fenómenos auditivos.

El capítulo tercero de Los días, que podría denominarse "el tomar conciencia de la propia ceguera", se reduce exclusivamente a una página, cosa que lo diferencia de todos los demás. Es sin duda porque se trata del momento en que el niño toma conciencia por primera vez de su propia ceguera, cosa importantísima y determinante en el curso de la vida de una persona; por ello, Taha Husein aisla este tema, reduciéndolo a un solo y corto capítulo y desconectándolo de todo otro acontecimiento de su niñez, salvo sus propios sentimientos con respecto a él:

"Era el séptimo de los trece hijos de su padre y el quinto de los once de su madre. Sentía que ocupaba entre este número imponente de jóvenes y niños, una posición especial, diferente de la de sus hermanos y hermanas. ¿Le sa-

tisfacía esta situación? ¿Le producía dolor? La verdad es que sólo podía responder de manera oscura e incierta. La verdad es que no puede, ahora, juzgarla con fundamento cierto. Percibía la bondad y la compasión que le tenía su madre, y encontraba en su padre dulzura y protección. Sentía que sus hermanos le hablaban y le trataban con una especie de precaución. Y sin embargo, encontraba que junto a la bondad y a la compasión de su madre había, a veces, una cierta negligencia o una especie de dureza. Y junto a la dulzura y la protección de su padre, algo de negligencia, también. La precaución de sus hermanos y hermanas le producía mal, ya que encontraba en ella una especie de compasión entremezclada de burla.

Sin embargo, no tardó en descubrir la causa de todo. Percibió que los otros tenían algo que a él le faltaba, que sus hermanos y hermanas podían lo que él no podía, y que hacían lo que él no hacía. Percibía que su madre permitía a sus hermanos y hermanas cosas que a él prohibía. Eso le irritaba. Pero esta irritación se transformó, pronto, en una tristeza profunda y silenciosa porque oyó que sus hermanos describían lo que él no había conocido, y supo que

veían lo que él no podía ver".

Narra algunas de las consecuencias de la ceguera durante su niñez de la siguiente manera:

"Desde los primeros años fue curioso. Hacía caso omiso de las dificultades que encontraba cuando se trataba de descubrir lo que no conocía. Esto le costaba muchas penas y fatigas. Un suceso insólito limitó su curiosidad de saber y llenó su corazón de una vergüenza que, hasta el presente, no lo abandona. Estaba sentado, comiendo, en medio de sus hermanos y su padre. Su madre, como de costumbre, se preocupaba de la comida, e indicaba a la criada y a sus hermanas, que la ayudaban, lo que debían hacer para bien servir a los que comían.

Comía a la manera de todos, pero por una u otra razón le vino a la mente una idea extraña ¿Qué sucedería si tomaba el bocado con las dos manos, en vez de tomarlo, como de costumbre, con una sola mano? ¿Qué le impediría hacer esta experiencia? Nada. Así, pues, lo tomó con las dos manos, lo humedeció en el plato del que todos se servían, y después lo llevó a la boca. Sus hermanos desternillaron de risa. Su madre, por poco se pone a llorar. Su padre exclamó con voz serena y triste: —Hijito, así no se come. Y él,

no sabe cómo pasó la noche.

A partir de ese momento, restringió sus movimientos con

reserva, aprehensión y pudor ilimitado. A partir de ese momento, comenzó a adquirir una fuerte voluntad, y se prohibió a sí mismo algunas clases de platos, que sólo se permitió probar una vez pasados los veinticinco años. Se prohibió a sí mismo la sopa, el arroz y todo lo que se comía con cuchara, porque sabía que no la manejaba bien. Le disgustaba que se rieran sus hermanos, que llorara su madre y que le corrigiera su padre con tono sereno y triste".

En el momento mismo en que el niño ciego comienza a ir a la escuela, aparecen las primeras descripciones de fenómenos visuales, como la del aspecto de su primer maestro, aunque para Taha Husein no pudo originarse mediante percepciones visuales. Incluyo aquí la traducción de una parte de la descripción que Taha Husein hace del maestro, que es casi ciego, descripción que constituye en su conjunto una caracterología del maestro de la escuela coránica.

"El maestro sólo percibía de la luz, con uno de sus ojos, una claridad extremadamente tenue, que le permitía representarse sombras sin distinguirlas. Y el hombre era feliz con esta tenue claridad. Se engañaba a sí mismo pensando que era de los que veían bien, pero eso no le impedía apoyarse, durante el camino a la escuela y a la casa, en dos de sus discípulos, extendiendo sus brazos sobre sus hombros, y caminando los tres así por el camino. Obstruían el paso de los transeúntes a tal punto, que éstos te-

nían que hacerse a un lado para dejarlos pasar.

Era extraño el aspecto del maestro, por las mañanas y las tardes, en el camino a la escuela y la casa. Era grueso y pesado. Su capa aumentaba su volumen, y, como dijimos, extendía sus brazos sobre los hombros de sus compañeros de camino. Caminaban los tres golpeando el suelo con los pies. El maestro elegía para esta tarea a los alumnos más inteligentes y de mejor voz, porque le gustaba el canto, y también enseñarlo a sus alumnos. Había elegido el camino para dar la lección. Cantaba y, a veces, le ayudaban a cantar sus compañeros de camino. Otras, lo escuchaban, o bien cantaba uno de ellos con él, o los dos. El maestro no cantaba solamente con la voz y la lengua, sino también con la cabeza y el cuerpo. Bajaba la cabeza, la subía, y se inclinaba a la derecha y a la izquierda. El maestro cantaba también con las manos, marcando el ritmo con sus dedos, en el pecho de uno de ellos. Cuando le gustaba el estribillo y veía que los pasos no armonizaban con él, se

detenía para terminarlo. Lo más extraño de todo era que el maestro creía tener una bella voz. Y sin embargo, nuestro amigo piensa que Dios no había creado otra más fea".

Toda la descripción de la escuela es una crítica a los métodos utilizados en las llamadas escuelas coránicas, que subsisten hasta nuestros días. En ellas se enseña a leer y a escribir sobre la base de algunos parágrafos de las azoras, y sobre todo se memoriza el Corán. El niño Taha Husein lo memorizó por completo una vez, y luego pasó a la revisión de sus partes. Pero apenas comenzada esta última, el maestro lo descuidó. El niño olvidó el Corán y tuvo que comenzar de nuevo a memorizarlo. Volvió a aprenderlo y después a olvidarlo, por un nuevo descuido del maestro, y siguió así, sucesivamente, hasta que transcurrió su niñez y llegó a la adolescencia. Entonces fue enviado al Cairo, a estudiar en la famosa Universidad del Azhar.

Esta crítica a la escuela coránica revela un interés por el propio país. Este interés se traduce también a lo largo del libro en crítica de costumbres regionales y de tipos de hombres diferentes al del maestro, como los que Husein denomina seudo-sabios, que contribuyen -según él- a mantener al país en la ignorancia. Nos cuenta la reacción de los egipcios ante la inminente aparición de un cometa. Narra el pánico que llenó los corazones de todos los habitantes de la ciudad en la que vivía cuando niño, al recibir la noticia desde el Cairo de que un cometa aparecería en el cielo a los pocos días. Los conocedores de la religión, los trasmisores del Corán y otros seudo-sabios discutían continuamente el asunto. Unos decían que la tierra no se extinguiría antes de que apareciera el Anti-Cristo y el fuego. Otros pensaban que la catástrofe era un indicio de la llegada de la última hora, etc. Taha Husein aprovecha la ocasión para criticarlos y ridiculizarlos y mostrar el mal que hacen al pueblo egipcio.

También critica el descuido, la falta de atención de que son objeto los niños, en los pueblos y en las ciudades de las provincias egipcias, sobre todo cuando la familia es numerosa.

"Las mujeres de los pueblos y de las ciudades pequeñas poseen una especie de filosofía nociva, y una seudociencia no menos perjudicial. El niño se queja, pero la madre no se preocupa casi nunca: «¡Cuál niño no se queja! Es cosa de un día y una noche; despierta, y ya está curado». Y aun cuando la madre se preocupa, desdeña los cuidados del médico, o es, para ella, como si no existiera. Deposita su

confianza en esa nociva seudociencia de las mujeres o de seres semejantes a ella. Así fue como nuestro amigo perdió la vista. Tuvo una oftalmía, y se le descuidó durante muchos días. Después llamaron al barbero, y éste le sometió a un tratamiento que lo dejó sin la vista. De parecida manera perdió la niña [su hermana] la vida. Continuó con fiebre, debilitándose, extinguiéndose, un día, otro, y otro, extendida sobre su cama en uno de los rincones de la casa. La atendía, de vez en cuando, su madre o su hermano, llevándole algún alimento, y sólo Dios sabe si era para su bien o para su mal... La muerte no había, todavía, puesto sus pies en aquella casa, ni la madre afectuosa había sentido la quemadura del verdadero dolor. Esta estaba en sus ocupaciones, cuando la niña dio un grito horrible, que la llevó a dejar su trabajo y correr hacia ella. Los gritos continuaron en aumento. Las hermanas desatendieron lo que hacían, y se apresuraron a ir hacia ella. Los gritos continuaron aumentando. La niña se retorcía y agitaba en los brazos de su madre. El Sheij dejó a sus amigos, y corrió hacia ella. Los gritos aumentaban más y más. La niña temblaba de manera aterradora, el rostro se le crispaba y se bañaba en sudor. Los niños y los jóvenes dejaron sus iuegos y conversaciones y se dirigieron, apresuradamente, hacia ella. Los gritos aumentaban y subían cada vez más de tono. La familia toda, consternada y perpleja, rodeaba a la niña, sin saber qué hacer. Pasó una hora, y otra, y otra. El Sheii cedió a la debilidad característica de los hombres en tales circunstancias, y salió musitando oraciones y versículos del Corán, con los cuales imploraba a Dios. Los jóvenes v los niños se deslizaban cabizbajos, sin olvidar ni continuar, del todo, sus juegos y conversaciones. No sabían qué hacer. La madre permanecía sentada, consternada, mirando a su hija y dándole remedios. Y los gritos y la agitación de la niña continuaban y aumentaban cada vez más...

Llegó la hora de la comida. Las hermanas mayores del muchacho habían puesto la mesa. El Sheij y sus hijos se sentaron, pero como los gritos de la niña continuaban, ninguno probó bocado. Se levantaron todos. Mientras quitaban la mesa, al igual que cuando la ponían, la niña gritaba y se agitaba, y su madre la contemplaba a veces, y otras levantaba sus manos al cielo. Se había descubierto la cabeza, cosa que no tenía costumbre de hacer. Pero las puertas del cielo estaban cerradas aquel día, y el juicio, inevitable, había sido dado ya. El Sheij podía recitar el Corán y la madre implorar; todo en vano. Lo extraño fue que a nadie se le ocurrió pensar en el médico. Al anochecer, los gritos de la niña cesaron, su voz se debilitó, y se calmó su

agitación. La infeliz madre imaginó que Dios había escuchado sus ruegos y los de su esposo, y que la crisis se solucionaba. La verdad es que se solucionaba, y que Dios tuvo misericordia con la niña. Lo bajo de la voz y lo pesado de sus movimientos eran signos de ello. La madre miraba a su hija y se imaginaba que iba a dormir. Mirándola, percibió que la calma se estabilizaba, que la voz y el movimiento se extinguían y que una respiración extremadamente tenue salía entrecortada de sus labios ligeramente entreabiertos. Se interrumpió, después, la respiración, y la niña dejó de existir.

¿Qué enfermedad tuvo? ¿De qué se enfermó? Sólo Dios sabe.

Esta crítica de costumbres regionales no es particular de Taha Husein. El oriente árabe, obligado desde el siglo xix a luchar en Egipto, a causa de circunstancias políticas, contra la doble ocupación inglesa y turca, y en Siria-Líbano, primero contra el sectarismo y después, junto con Traq, contra el despotismo turco, tomó conciencia en esta lucha de sí mismo. Aparecieron en Líbano-Siria, primeramente, después en el Iraq y Egipto, las primeras manifestaciones de un despertar y de una renovación literaria. En Egipto esta situación se expresó, desde principios de este siglo, a través de una serie de estudios sobre la vida pública y privada de la población egipcia, y surgió inmediatamente después, en la tercera década de este siglo, el teatro. Con la independencia reciente de los países árabes del norte de Africa, -Túnez, Marruecos y Argelia-, empieza a darse en ellos también manifestaciones de esta renovación literaria. En el momento presente, el movimiento panarábigo encaminado a formar una federación de países árabes ha dado como resultado toda una serie de trabajos, aparecidos en periódicos y revistas, expresivos de tal movimiento. Este movimiento, que en su primer intento falló ante la actuación separatista de Siria, cobra ahora nuevo ímpetu en diligencias conducentes al logro de la reconciliación entre Egipto y Siria, y en gestiones encaminadas a formar una federación con otros países del mundo árabe. Es de esperar que, al lograrse la unión de todos esos países, surja una nueva corriente literaria inspirada en este nuevo espíritu federativo.

VERA YAMUNI

Facultad de Filosofía y Letras.